

Príncipe de Viana

2013

Año LXXIV Núm. 258



SEPARATA

La historia real del padre Ayestarán,
el «personaje novelesco» central
de *El asalto* de Julián Zugazagoitia

Ángel García-Sanz Marcotegui



Gobierno
de Navarra

PRÍNCIPE DE VIANA

SUMARIO

ARTE

José Javier Azanza López

Fiestas y lutos en Pamplona en los siglos XIX y XX: el arte efímero, entre la exaltación monárquica y los intereses de sus promotores 399

José M.^a Muruzábal del Solar

El pintor Natalio Hualde 443

Francisco Javier Zubiaur Carreño

Labor e incremento del Museo de Navarra (1999-2002). II. Didáctica, patrimonio y red de museos 461

HISTORIA

Medieval

Alberto Cañada Juste

Doña Onneca, una princesa vascona en la corte de los emires cordobeses 481

Juan Cruz Labeaga Mendiola

San Pedro de Torreviento, Viana, priorato benedictino de Santa María de Nájera 503

Moderna

Igor Cacho Ugalde

Larraza y Berbinzana: de la unión de 1396 a la independencia de 1560 551

Álvaro Adot Lerga

Orígenes del virreinato de Navarra (1479-1486) 601

Contemporánea

José Rafael Molina González

La enseñanza de las Sagradas Escrituras y la Retórica Sagrada en el Seminario Conciliar de Pamplona de 1831 a 1978 637

José Javier López Antón

Reflexiones en torno a Arigita y Lasa, un erudito en la historiografía navarra 653

Ángel García-Sanz Marcotegui

La historia real del padre Ayestarán, el «personaje novelesco» central de *El asalto* de Julián Zugazagoitia 665

Miguel José Izu Belloso

Falsas citas sobre la historia de Navarra 683

FILOLOGÍA

Jesús Allo Hernández

Nueva contribución al estudio del topónimo histórico «Palma» de la villa de San Adrián 713

La historia real del padre Ayestarán, el «personaje novelesco» central de *El asalto* de Julián Zugazagoitia

Ángel GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI*

En 1930 Julián Zugazagoitia publicó *El asalto*, una de sus novelas sociales más conocidas. En ella se traza con viveza la difícil situación de los trabajadores de la primera industrialización en Vizcaya y la formación del socialismo vasco, a través de la intensa labor propagandística llevada a cabo por Facundo Perezagua¹. En este marco sitúa la figura de Fermín Ayestarán, un joven cura navarro, destinado a la zona minera de esa provincia, que rompe con la Iglesia y acaba suicidándose en Barcelona.

No es de extrañar, por tanto, que Manuel Alvar, al reseñar la novela en 1930, destacase, entre todos, «los perfiles imborrables» de Ayestarán, que al intentar hacer de la religión una aplicación política del Sermón de la Montaña se encuentra con la oposición de sus superiores. Finalmente el obispo le ordena trasladarse a una pequeña localidad, lo que lleva al cura a separarse de la Iglesia y a comprometerse con los mineros que luchan por salir de sus míseras condiciones de vida².

Por su parte, en la edición de *El asalto* de 2004 José María Villarías Zugazagoitia puso de relieve que el director de *El Socialista* mezcla en su obra personajes históricos, Facundo Perezagua, Pablo Iglesias, etc., con otros

* Universidad Pública de Navarra.

¹ Sobre este proceso véase J. P. Fusi, *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Madrid, Ediciones Turner, 1975.

² *El Socialista*, 20-VII-1930. La noticia de este artículo y de otros de *El Liberal* y *El Sol*, que se citan más adelante, en J. Zugazagoitia, *El asalto*, prólogo de J. M.^a Villarías Zugazagoitia, Madrid, Viamonte, 2004, pp. 21-22.

«puramente novelescos», Fermín Ayestarán o el luchador obrero Bautista Biurrun.

Villarías resume las vicisitudes del cura en la zona minera, su frugal existencia y su profundo descontento por no poder contribuir a cambiar la dura vida de los obreros. En este sentido resalta el profundo significado del encuentro y enfrentamiento dialéctico entre el cura y su paisano y amigo, el citado Bautista Biurrun. Al defender este la justicia terrenal en contra de la resignación que sería recompensada después de la muerte pone en tela de juicio el catolicismo del cura. Ayestarán, destaca también Villarías, irá comprendiendo cada vez más a los mineros y, pese a las diferencias con su amigo, como se verá, lo ayuda a huir a América. Igualmente Villarías refiere que, tras abandonar los hábitos, los avatares de Fermín son los de un trabajador cualquiera que sufre la misma explotación que ellos y que, además, tiene una muerte trágica. Rechazado incluso en trabajos como el de cargador en los muelles de Barcelona, tras una breve relación sin sexo con una prostituta, la Ferrolana, su desesperación lo lleva a suicidarse lanzándose al mar en la Barceloneta³.

Los elementos trágicos de nuestro protagonista hacen a Villarías resaltar la influencia de Unamuno, y habla del «cura atormentado por la duda acerca de su fe y desilusionado de la autoridad eclesiástica»⁴. A su vez, para Víctor Fuentes, Fermín Ayestarán sería el antecedente de los curas obreros de los años cincuenta del siglo XX⁵. El contrapunto lo pone Manuel Pérez Ledesma. A su juicio, la trayectoria del personaje y su trágico final impiden que se le considere un héroe que pueda ser imitado, lo que explica porque Zugazagoitia no pretendía hacer propaganda socialista sino «acercar la literatura al pueblo»⁶.

De cualquier modo, lo que interesa aquí es la relación que guardan la ficción y la realidad histórica de este personaje en la novela. En su mencionada reseña Manuel Alvar aludió al «perfecto equilibrio con que se enlaza lo puramente novelesco y lo rigurosamente histórico». Y desde luego puede aplicársele lo que dice respecto a la obra inmediatamente anterior de Zugazagoitia, *El botín* (1929): es una «novela que tiene mucho de historia o historia que tiene mucho de novela». En la sección «Libros nuevos (ojeada semanal)» de *El Sol* (8-VI-1930) José Díez Fernández resaltó que la combinación de historia y ficción de *El asalto* era un procedimiento nuevo que podía impulsar la literatura obrerista. En otra reseña del libro en *Diario de Alicante* (4-VI-1930) se hizo notar que los personajes estaban extraídos de la realidad.

En un largo artículo en *El País* de Las Palmas, reproducido también en *El Liberal* de Bilbao (2-VII-1930), Carlos Alas mostró su admiración por los libros de Zugazagoitia y en concreto por *El asalto*, «libro intenso, fuerte, espléndidamente estructurado», en el que sobresale la figura de Perezagua, y

³ J. Zugazagoitia, *El asalto*, *op. cit.*, p. 14.

⁴ *Ibid.*, p. 18. Como puede comprobarse, Zugazagoitia trazó la trayectoria de un hombre que coincide con la de su admirado Tomás Meabe en que pierde la fe católica, pasa a las filas socialistas y muere prematuramente, casi abandonado; *vid.* J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, prólogo de S. Juliá, notas de J. M.^a Villarías Zugazagoitia, Barcelona, Tusquets Editores, 2001, pp. IV, VIII, IX.

⁵ V. Fuentes, *La marcha del pueblo en las letras españolas: 1917-1936*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2006, 2.^a ed., p. 116.

⁶ M. Pérez Ledesma, «La cultura socialista en los años veinte», en *Los orígenes culturales de la II República, IX Coloquio de Historia Contemporánea de España*, M. Tuñón de Lara (dir.), J. L. García Delgado (ed.), Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 159-160.

también «junto a hechos ciertos, trabado a ellos, fluye el tema novelístico. Principal personaje: Fermín Ayestarán». A los anteriores se añade Isaac Puente, que le dedicó un artículo en una revista de Valencia, reimpresso asimismo en *El Liberal* (14-VIII-1930). El conocido médico anarquista habla de «admirable novela histórica», pondera la figura de Perezagua y añade «al interés de la descripción histórica y de la biografía se une el de la novela, con bien pintados personajes con hervor de pasiones y de impulsos que revela la penetración psicológica de su autor»⁷.

En la misma línea Santos Juliá va más allá al poner de relieve cómo en sus novelas sociales Zugazagoitia «presenta como personajes de ficción sujetos reales e introduce a sujetos reales en relatos de ficción». Esta técnica, observa, la emplea en *El botín* y, en mayor medida, en *El asalto*⁸.

Ciertamente, Zugazagoitia refiere escenas y hechos inventados pero, como indica Juliá, algunos de los principales personajes se basan en individuos reales. Este es el caso de Fermín Ayestarán, aunque, como se verá, es imposible que hubiera vivido en la cuenca minera de Triano en el tiempo en que se encuadra la acción de la primera parte de novela, desde la formación de la Agrupación Socialista de Bilbao en 1886 a la huelga de 1890.

En este contexto, y dado el interés del Ayestarán de las minas como «personaje novelesco», el objeto de este trabajo es mostrar en qué medida para trazar su perfil Zugazagoitia se sirvió de un Ayestarán real. Del mismo modo, se plantea si ocurrió lo mismo con otros, como Bautista Biurrun, personaje que tampoco parece ser inventado.

Para escribir *El asalto* Zugazagoitia, que nació en 1899, tuvo necesariamente que asesorarse, sobre todo consultando la prensa del periodo en que transcurre la novela, pues los recuerdos de su padre, Fermín Zugazagoitia Aranguren (Bilbao, 1863), secretario de la Junta Directiva de la Sociedad de Moldeadores en 1890, concejal de Bilbao, y de otros protagonistas del periodo, sobre todo Perezagua, tenían que ser insuficientes para poder consignar con exactitud los nombres, fechas y acontecimientos que describe. Así permite suponerlo también el que, como puso de manifiesto Juan Pablo Fusi, desde joven le interesara y fuera consciente de la importancia de la huelga de 1890, uno de los sucesos más importantes de *El asalto*⁹.

SEMBLANZA REAL DE FERMÍN CATALÁN AYESTARÁN

Zugazagoitia explicó en un prólogo lo que le llevó a escribir *El asalto*. En él alude a una cura desengañado del carlismo, don Carmelo, que arrienda sus tierras en Corella (Navarra) a un amigo, Juan Ayestarán, uno de cuyos

⁷ El mismo día *El Liberal* (14-VIII-1930) insertó un suelto de Giménez Caballero en la *Revista de las Españas*. En él dice que *El asalto* significa «la aparición de la novela proletaria en España. Novela nueva, sentida, querida, bien escrita, influenciada de Baroja. Pero visión directa de realidades y sucesos». Por su parte, Maximiano García Venero celebró la aparición de *El asalto* en un artículo en *La Región* de Santander que fue reproducido por *El Liberal* de Bilbao (8-VI-1930). En él calificó a Zugazagoitia como «el escritor socialista o el socialista escritor más interesante de la Nueva España; hace hincapié en que seguía los pasos de Pío Baroja, “su padre espiritual”». El entusiasmo del futuro periodista y político falangista por la novela es tal que afirma no encontrar ninguna objeción al autor, «el primer lírico español del socialismo», de «la novela del socialismo heroico, del socialismo del apostolado».

⁸ Cfr. J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, op. cit., pp. IX, X.

⁹ Cfr. J. P. Fusi, *Política obrera...*, op. cit., p. 94.

tres hijos, Fermín, no mostraba ningún interés por trabajar en el campo. Por ello, a instancia de sus padres, don Carmelo resolvió darle otra ocupación. En concreto lo envió al seminario de Vitoria, aunque no había mostrado ninguna inclinación por la carrera eclesiástica. Zugazagoitia añade que tras la ordenación de Fermín, don Carmelo ya no hablaba de él y que en Corella no se sabía nada sobre su vida, con excepción quizás de su hermana Jesusa, ya que ambos se profesaban un gran cariño. Tras una larga enfermedad, en la que es cuidado por aquella, don Carmelo muere un 1.º de mayo. En su testamento nombra heredero a su amigo Juan Ayestarán y, entre otras disposiciones, destacaba la de que todos los años se rezasen dos misas, una por él y otra por Fermín, cuyos padres y hermanos se enteraron así de que había muerto¹⁰.

No tenemos noticia de la existencia de los dos curas relacionados con Fermín Ayestarán en la novela: ni de su benefactor, don Carmelo, ni del párroco de La Arboleda, don Francisco¹¹. Sin embargo, hemos podido obtener información sobre Fermín Ayestarán. En realidad se llamaba Fermín Nicasio Catalán Ayestarán y nació en Corella (Navarra) el 11 de octubre de 1875. Sus padres fueron Francisco Tomás Catalán Serrano (Corella, 1842) y Josefa Antonia Ayestarán Arbiza (Andoáin, Guipúzcoa, 1847), los cuales tuvieron al menos cuatro hijos más nacidos en Corella entre 1871 y 1877. Su padre poseía una viña de secano de poco más de una hectárea de tercera clase, pero, junto a sus hermanos, había heredado la empresa de coches «Hijos de Benito Catalán y compañía», que prestaba servicio entre la estación ferroviaria de Castejón y Cervera del Río Alhama¹².

Como se deduce de su propio testimonio, Fermín debió de ingresar en el convento de la Orden de Agustinos Descalzos de Marcilla (Navarra) hacia 1890, se ordenó a finales de siglo y permaneció en él hasta 1910, cuando se secularizó. Sobre estas dos décadas no disponemos de ninguna información, exceptuando lo que dijo en uno de sus artículos en *El Demócrata Navarro* en 1913, de los que se habla más adelante.

Tras veinte años de fraile se le hacía difícil la vida del claustro, lo que unido a problemas de salud «y padecimientos morales» le llevó a pedir la secularización utilizando la fórmula «de no poder sobrellevar las cargas de la Orden». Por ello creyó que no era necesario seguir con la tramitación correspondiente para lograr el nuevo estado; y continúa:

¿Por qué gemir esclavizado, arrastrando dura muerte viviendo sin vivir en mí, no con la placidez y deleite espiritual de la mística Doctora, sino efecto del decaimiento de las fuerzas físicas y extenuación de la voluntad? Cansado de barrer los claustros, de mal «comer» sentado en el suelo del Refectorio y de confesar ante toda la Comunidad las faltas porque se me impusieron esos ligeros castigos y otros más severos y deshonorosos, el 13 de septiembre de 1910 sobre las 5 de mañana, me salí de la iglesia del convento sin previo conocimiento ni legítima licencia del Superior.

¹⁰ J. Zugazagoitia, *El asalto*, op. cit., pp. 25-31.

¹¹ Las únicas noticias que he podido conseguir de algún párroco de la zona minera (el de San Salvador del Valle) en ese tiempo son críticas con su actuación (*El Imparcial* y *La Iberia*, 21-VIII-1889, *La Monarquía*, 22-VIII-1889, *El Socialista*, 1-I-1892, *La Lucha de Clases*, 18-IV, 27-VI-1903).

¹² Archivo General de Navarra, Catastro de Corella, 1891, y Archivo Municipal de Tudela, Protocolos Notariales, Corella, Eusebio Marcilla, 1909, sig. 47, 140.

Gracias a una serie de veinte artículos, «Un rato a clérigos. Procedimientos eclesiásticos para hallar obispo benévolo», que firmó como Un presbítero secularizado, conocemos con detalle las vicisitudes por las que atravesó desde entonces, septiembre de 1910, hasta su muerte tres años después. En ellos describe muy prolijamente su estado de ánimo y todas sus gestiones ante los obispos de Pamplona, Tarazona y Vitoria para que se le permitiera seguir diciendo misa y así tener medios para subsistir.

En el primero de estos artículos, subtítulo «Preliminares», se detiene en la situación canónica en la que quedaban los frailes y monjas que se secularizaban. En el caso de los sacerdotes debían encontrar un obispo «benévolo» que les admitiera en su diócesis y les diera una colocación propia de su estado para ejercer sus derechos a celebrar misa, predicar, confesar, etc. En el segundo explicaba las razones, ya expuestas, que le habían llevado a dejar el convento, los intentos fallidos de sus superiores para que retornara a él y cómo permaneció en una localidad que no especifica, hasta que el obispo de Pamplona le requirió que se presentara en el palacio episcopal el 22 de noviembre. En la entrevista el prelado le instó a que regresara al convento, pero ante su resistencia ordenó que se le alojara en el seminario contiguo al palacio, aunque accedió a su ruego de que fuera a la residencia de los padres redentoristas hasta que su petición de desligarse de la orden fuera aprobada en Roma.

En su solicitud al cardenal Vives i Turó, prefecto de la congregación encargada de los asuntos de los regulares, fechada el 25 de diciembre de 1910, Ayestarán se presentaba como un religioso profeso, sacerdote de la Orden de Ermitaños Descalzos de San Agustín, que no podía soportar las cargas de la orden y pedía el indulto de la secularización y la absolución por haber dejado el convento sin comunicárselo a sus superiores.

En su respuesta, del 20 de diciembre, una vez consultado el obispo de Pamplona, el cardenal concedió a Ayestarán vivir un año fuera del claustro como presbítero secular para que buscara un obispo «benévolo» y también le dio la absolución por abandonar el convento sin permiso. Además, el comisario de los agustinos corroboró por escrito todo lo anterior. El paso siguiente, tal como se recoge en su artículo del 3 de abril de 1913, fue que su superior, el rector del colegio de Marcilla, el 13 de enero de 1911 le entregó ambos documentos en la mencionada residencia en una solemne ceremonia. Postrado en tierra y recitando el miserere, delante de los canónigos de Pamplona declaró que renunciaba a todos los derechos de la orden. A continuación se cambió el hábito que llevaba por el de presbítero secular mientras se levantaba acta de la entrega.

Con tales documentos en su poder Ayestarán, considerando que «estaba ya *debidamente* secularizado» y que la facultad de celebrar misa, puesto que venía de Roma, se refería a cualquier diócesis, se decidió a presentarlos a los obispos. De inmediato lo hizo al de Pamplona, que le dijo que el día siguiente podía celebrar misa, pero que no podía darle ninguna colocación por modesta y de exiguas rentas que fuera.

En su entrega del 4 de abril el fraile secularizado explica que dijo misa en el seminario, la primera en cuatro meses, y que a su término recibió la autorización para seguir celebrándola durante un año en el obispado de Pamplona. Con todo, tras unos días en esa ciudad se trasladó a Tolosa (Guipúzcoa), donde tenía parientes por parte de su madre. Como no tenía recursos para

pagar las diligencias de su secularización y el traje de presbítero y atender a su subsistencia, pensó en acudir allí donde vivían sus familiares para que le facilitasen celebrar misa, que era su único medio de obtener algún ingreso. En el viaje, prosigue, encontró a un clérigo, paisano suyo, que le presentó a un párroco de esa localidad guipuzcoana que había sido amigo de su madre en su infancia y que incluso había asistido a su boda. Esta circunstancia y el que Ayestarán recordase su estancia de niño en Andoáin hizo que, aunque no conocía a ninguno de los clérigos que fue saludando, «vascongados todos ellos y muy de su país», de inmediato el párroco-arcipreste le facilitara celebrar misa. Después le presentó sus documentos y las licencias de la diócesis de Pamplona y le comunicó su deseo de legalizarlos con el visto bueno de la de Vitoria, a la que pertenecía Tolosa. El párroco los tramitó y a los pocos días se le respondió que, pese a sus buenos informes, el obispo no le concedía las licencias que pedía, «no sea que deteniéndose en esta Diócesis practique gestiones para ser admitido en ella» (5 de abril).

Para evitar problemas al párroco, que tan bien lo había acogido, le ofreció volver a escribir al obispo exponiéndole que había ido a su diócesis por tener parientes maternos en Tolosa, Andoáin y San Sebastián, a los que pensaba visitar. Por ello solicitaba de nuevo que autorizase los documentos que había presentado para poder celebrar misa en esas localidades en virtud de la facultad que le había otorgado la Sagrada Congregación. También, como estaba buscando obispo «benévolo», le ofrecía sus servicios. La respuesta del secretario de Cámara y Gobierno del obispado de Vitoria, del 22 de febrero de 1911, fue negativa, alegando que le correspondía buscar obispo receptor en la diócesis de Pamplona, de donde era originario (en realidad Corella pertenecía a la de Tarazona), y tampoco se le concedió permiso para residir en el obispado con licencia para celebrar.

Ante esta contrariedad, Ayestarán escribió al obispo de Pamplona para que interviniese a su favor, pero aquel le respondió que no podía ayudarle. Con todo, como detalla el 6 de abril, siguió celebrando misa en Tolosa y por tanto ganando lo suficiente para sus gastos e incluso para ahorrar algo de dinero, pues gracias al obispo de Pamplona, que finalmente intervino, el de Vitoria le autorizó a celebrar misa en su diócesis durante tres meses. A partir de entonces llevó una vida bastante tranquila en Tolosa, donde ayudaba al párroco y a los coadjutores en las tareas propias de la parroquia. No obstante, al terminar el plazo que se le había dado, decidió dejar la diócesis de Vitoria, donde había estado casi cinco meses, para trasladarse a su diócesis originaria. Así, gracias al dinero que había ahorrado, pudo ir a un pueblo cercano a Calatayud, llevando un certificado del citado párroco-arcipreste de Tolosa, el escritor en lengua vasca Patricio A. de Orcaiztegui, en el que constaba que desde enero hasta el día de la fecha, 11 de junio de 1911, Ayestarán había observado «una conducta no solo correcta, sino a satisfacción de todo el clero parroquial» (8 de abril de 1913).

Uno de los motivos para ir a la diócesis de Tarazona era visitar a uno de sus diez o doce parientes cercanos clérigos, que le había invitado a pasar una temporada en el pueblo de Clarés, del que era párroco, antes de pasar a su casa paterna en Corella. Una vez llegado a ese pueblo, pidió a su primo que remitiera a la secretaría del obispado de Tarazona sus documentos y comunicase su propósito de permanecer en la diócesis durante el año que se le había

concedido. Sin embargo, la Secretaría de Cámara del obispado de Tarazona no accedió a esa petición ni tampoco a que hiciera uso de las licencias (10 de abril).

A partir de entonces Ayestarán intercambió correspondencia con el arcediano de Tarazona acerca de las razones de esa decisión, que no podía revocarse hasta que regresara el obispo de la diócesis. De todos modos, siguió en Clarés, donde su primo, compartiendo su punto de vista, le permitió seguir celebrando misa (11 y 17 de abril)¹³.

Poco después, Ayestarán fue a Corella, y al día siguiente de su llegada dijo misa. En su localidad natal había entonces un cura o fraile cada ciento treinta habitantes y todos estos, «incluso yo», eran muy buenos, pues solo había «media docena de... malos ¡pobrecitos! ¡qué poquitos!» (19 de abril). A pesar de la abundancia de clérigos, su primera gestión fue comunicar al sacerdote encargado de su parroquia que tenía la documentación de la Sagrada Congregación y las licencias del superior de su orden que le concedían la secularización temporal por un año y las de los obispados de Pamplona y Vitoria para celebrar, así como el certificado del arcipreste de Tolosa.

Con todo, el párroco, contrariado por su presencia, le prohibió celebrar mientras no trajera la autorización del obispo de Tarazona (20 de abril). El 5 de agosto Ayestarán escribió a ese prelado que solo pretendía que se le reconociera la facultad concedida por la Sagrada Congregación, pero dos días después el provisor y vicario general le respondió que no podía modificar la decisión del obispo y del primer gobernador eclesiástico, que estaban ausentes.

El párroco mantuvo la prohibición, por lo que nuestro fraile secularizado, «considerando el deshonor que supone “quitarle la misa” a un presbítero en nuestros pueblos católicos, como el mío», y dada su situación, decidió reclamar ante los tribunales eclesiásticos que se le pagaran las veinticuatro pesetas que había dejado de ingresar. No lo consiguió, pero al poco tiempo el provisor le permitió celebrar en Corella, lo que hizo a pesar de sus malas relaciones con el párroco (22, 23 y 24 de abril). Durante este tiempo su situación económica mejoró, ya que, además de cuatro pesetas por cada misa, recibió tres cheques de cuatrocientos veinte en total para celebrar otras ciento cinco por las almas de varios difuntos (25 de febrero).

Esta etapa de tranquilidad solo duró tres meses, pues al cabo de ellos el párroco le comunicó que se le había retirado la autorización para celebrar en el obispado de Tarazona. A partir de aquí Ayestarán se extiende en una farragosa descripción de sus tensiones con los dos párrocos de Corella (26 y 27 de abril) y en aclarar que el secretario de Cámara de dicho obispado le explicó que se le había autorizado a decir misa durante un mes y que habían transcurridos tres sin que se hubiera renovado el permiso, pero que ello no suponía una suspensión. Esto dio lugar a que Ayestarán se quejara amargamente del trato que recibía y a que escribiese varias veces al mencionado secretario para que se revocase el acuerdo (30 de abril y 1 de mayo).

¹³ En el siguiente artículo Ayestarán hace una serie de observaciones acerca de cómo la Iglesia procuraba poner dificultades a los secularizados en su búsqueda de obispo «benévolo» para que siguiesen en el convento (18 de abril).

En ese momento llevaba un año de secularización sin haber encontrado obispo «benévolo», y, además de la dificultad de que lo aceptaran los de Tarazona, Calahorra, Zaragoza, Jaca, Huesca o Santander, sus preferencias le llevaron a intentarlo de nuevo con los de Vitoria y Pamplona. Ahora bien, a la vista de la respuesta que había obtenido el año anterior del primero, lo solicitó del segundo, aunque en vano. El 15 de octubre de 1911 el obispo iruñense le recordó que había hecho por él cuanto había podido, pero que no podía acceder a su petición, por tener abundancia de clero en su diócesis y «porque no me creo mejor, ni más obligado que los demás obispos que se niegan a ser sus benévolo receptores». Para solucionar su situación le recomendaba que acudiera de nuevo a la Sagrada Congregación antes de que acabara el año que le había concedido (3 de mayo). Acuciado por las dificultades económicas, Ayestarán siguió el consejo e informó al cardenal prefecto de la Sagrada Congregación encargada de resolver casos como el suyo de todas las ocurrencias de los últimos meses, sin olvidar que desde el 12 de noviembre de 1911 hasta enero de 1912 había estado sin celebrar y por tanto sin el estipendio correspondiente (7, 8 y 9 de mayo).

El estado anímico de Ayestarán en ese momento se puede deducir de lo que él mismo dice en su siguiente entrega. El clérigo al que se le retira la celebración de la misa «las pasa muy duras y amargas», es «objeto de la difamación y *hablillas* de las gentes», sufre «el desprestigio moral», etc. Esto se extiende, proseguía, por igual a quienes como él no habían cometido ningún delito y a los reos de culpa grave. Alude a las vergüenzas y amarguras que había pasado en el convento, por los castigos que le habían impuesto, y añade:

Más fuera, me han constreñido las espirituales torturas del que padece las penas sin justificado motivo y carga con todas las odiosidades del que es acusado y juzgado por delito, sin que de este se reconozca ni lo convenza el testimonio. Por eso sabré apreciar los contrarios efectos que producen en el ánimo aquéllos y estos muy diferentes humillamientos. El sambenito de los que en consejo aparecieron culpables puédeso soportar con resignación y provecho. La contrariedad del penado que, escrupulosamente examinado, no se considera reo, clamará al cielo y nunca se dará por satisfecho (10 de mayo).

Ayestarán asegura que se vio tratado como un delincuente y juzgando que sus cartas y escritos a uno de los párrocos de Corella y al obispado de Tarazona no iban a ser acogidas favorablemente, pidió a la congregación que interviniera, solicitando informes sobre su conducta, etc. Sus repetidas quejas y lamentaciones hicieron que se actuara como había pedido, pero con un resultado desfavorable, pues los informes recabados, que conoció indirectamente, «habían sido malos, tan malos que por muy malos que los supusiera no me aproximaría a la realidad de sus términos» (13 de mayo).

Aún así, estas contrariedades no arredraron a nuestro protagonista, que se aprestó a mantenerse firme en «el torneo *clerical*» y a enfrentarse a todo lo que viniera de «la Iglesia militante» (15 de mayo). Además, los testimonios de los informes de los dos párrocos, que estaban seriamente enfrentados entre sí, no fueron tenidos demasiado en cuenta. De hecho, el 30 de enero de 1912 se le permitió estar en casa de su padre y celebrar misa durante tres años, en los que debía encontrar un obispo «benévolo». El permiso se concedía con la condición de estar bajo la jurisdicción del párroco a la que pertenecía su casa pater-

na y dar ejemplo de vida. De este modo se puso fin al asunto y durante unos meses Ayestarán vivió sin nuevos contratiempos (17, 20, 21 y 22 de mayo).

Por desgracia, no tenemos información acerca de lo ocurrido a lo largo de 1912, pues Ayestarán suspendió temporalmente la serie de artículos en *El Demócrata Navarro*, donde explicó sus peripecias. Desde luego, de nuevo se le retiraron las licencias y quedó por tanto sin recursos propios para subsistir. A la vez, sus colaboraciones en el órgano de los canalejistas navarros evidencian su ruptura con la Iglesia. Antes de la serie glosada hasta aquí escribió en el inicio de la agria campaña electoral de las elecciones provinciales de 1913. Entonces el obispo de Pamplona envió una carta a los periódicos de la capital en la que lamentaba que se enfrentasen entre sí «los que se tienen por buenos y así se apellidan» (integristas, carlistas, conservadores y «separatistas», es decir, nacionalistas vascos). *El Demócrata Navarro* (20 y 21-II-1913) atacó al prelado por irrumpir en la campaña con «una carta tan ramplona y cursi como inoportuna y extemporánea» y agraviar a las izquierdas al dividir a las gentes en *buenas*, las derechas, y *malas*, las que tenían ideas progresivas.

En este marco Ayestarán publicó en *El Demócrata Navarro* tres artículos titulados «Pero ¿quiénes son los buenos?», bajo el seudónimo Un clérigo desocupado. En el primero (23 de febrero) escribió que quedaría muy contento si lograrse averiguar «quiénes son los buenos en este país que vivimos», pues, pese a haber estudiado teología moral y conocer algo de *Pecatis* y *Virtutibus*, él no los distinguía. En el siguiente (25 de febrero) censuraba la arrogancia de los católicos que pensaban que solo ellos eran los buenos.

Tienen sus periódicos buenos, su partido de los buenos, sus luchas, sus votaciones, sus cafés, sus tertulias, su política ¡todo bueno! A diferencia de los otros, por no cumplir con Pascua, leer otros periódicos que los aprobados por la autoridad eclesiástica, no concurrir a sus reuniones y círculos y no militar en partidos bendecidos por los obispos, se les tiene indefectiblemente por malos, diciéndose de ellos que ¡son de los malos! ¡Horror! ¡Qué arrogantes y cuán ruines son los hombres!

Su criterio político, continuaba, le llevaba a decir que quienes mezclaban la religión con política eran los peores, pues,

pretenden cosas imposibles, que es tentar a Dios, empeñándose en imponernos para que nos gobierne una soberana nulidad y una Majestad utópica, don Jaime o el Sagrado Corazón: el proscrito absolutismo o la intolerante teocracia; dos sistemas de gobierno a cual más repugnantes y opuestos a las tendencias universales de la nación. Nada de lo cual es bueno en mi concepto, sino muy malo, pésimo.

En la tercera entrega (26 de febrero) puso énfasis en que había muchos hombres buenos, honrados y llenos de cualidades, en todos los sentidos, entre los que eran calificados de malos. Por ello se preguntaba si los considerados buenos en las pasadas, próximas y futuras elecciones no serían malos y viceversa.

Ayestarán siguió con el mismo tema en otro artículo, «Más sobre los buenos», que salió el 4 de marzo bajo la firma de Klery-kal, y, como se dice más adelante, reivindicó como propio. Considerándose uno de los que los católicos llamaban malos, señalaba que para los reaccionarios e ignorantes ultramontanos los liberales y demócratas eran el peor de cada casa y censuró

que la distinción entre buenos y malos se hiciese en función del grado de cumplimiento de las normas de la Iglesia.

A los artículos anteriores siguieron otros tres, «Cuaresmales», firmados también como Klery-kal. El primero de esta serie (12 de marzo) comentaba negativamente que los pueblos gastasen dinero en traer frailes o *cuaresmeros* para predicar durante la Cuaresma, cuando podían hacerlo los curas de cada parroquia como era su obligación. Dos días después *El Demócrata Navarro* se quejaba de que desde hacía tres o cuatro años en las misiones que se organizaban en la Cuaresma se le atacase desde el púlpito y el confesionario y se le hiciese una guerra sin cuartel.

Klery-kal, es decir, Ayestarán, se hizo eco de esta protesta e irónicamente apuntó que los *cuaresmeros* serían más eficaces si se flagelaban mientras predicaban sus anatemas contra *El Demócrata Navarro* y otros periódicos malos. En la tercera entrega de «Cuaresmales» (16 de marzo) continuó en el mismo tono y destacó que los frailes en sus sermones insistían en que todos, incluidos los demócratas y liberales, debían confesar sus culpas. Él, aclaró, no quería que nadie le sermoneara y que no iba a oír al fraile y que era mejor no confesarse, pues «cada cual sabe dónde le aprieta el zapato».

Fue en su siguiente colaboración, «Carta abierta y desahogos de un oprimido», en *El Demócrata Navarro* (30-III-1913), donde admitió, sin revelar su nombre, que era el autor de los artículos que habían aparecido bajo las firmas Un clérigo desocupado y Kleri-kal. A continuación, el periódico anunció la serie de los veinte artículos resumidos más arriba y prometió que en el último diría quién era el anónimo firmante.

Lo referido hasta aquí nos muestra un hombre amargado, desencantado con sus superiores y con los procedimientos de la Iglesia y preocupado por su difícil situación económica. Asimismo, desde otra perspectiva es evidente que a principios de 1913 era ya proclive al liberalismo democrático. Por ello reviste gran interés cómo ese mismo año dio pruebas de una gran sensibilidad social y se aproximó al socialismo e incluso entró en contacto con el semanario *La Lucha de Clases* de Bilbao. Por desgracia, el referido cese temporal de sus colaboraciones en *El Demócrata Navarro* impide de momento conocer exáctamente cuándo y cómo tuvo lugar ese proceso. De cualquier modo, la siguiente carta, redactada en un tono muy diferente a sus escritos anteriores y que por su interés se reproduce por entero, demuestra que tal vinculación con el semanario socialista de Bilbao era bastante estrecha, pues se la envió a su director, Isidoro Acevedo, que la publicó, y cita en ella a uno de los hermanos Laiseca Oronoz y a Emilio Beni Oñate, presidente de la Juventud Socialista de Bilbao y director también de *La Lucha de Clases*.

Distinguido amigo:

Por mi silencio ha podido usted suponer que me he olvidado de *La Lucha*. Unos artículos que publiqué en *El Demócrata Navarro*, allá por la Cuaresma, otra serie de ellos después y algunos más que preparo para publicar en el mismo diario, las arbitrariedades de los obispos que dieron lugar a mis pasadas cuestiones y mi decidido rompimiento con la Iglesia, me han llevado todo el tiempo, ocupándome esa labor estos últimos meses.

Han llegado con regularidad todos los números de *La Lucha de Clases*, que he leído con fruición, penetrándome de los nobilísimos ideales que

sustentan y abarcando con perfecta claridad las aspiraciones de los que justamente proclaman con el Socialismo el nuevo régimen social que ha de crear e implantar un mejor estado de cosas, constituyendo las futuras sociedades sobre bases más equitativas, razonables y de mayores beneficios y más prácticos resultados para los pueblos e individuos.

Compenetrado plenamente de estas hermosas ideas que ustedes defienden y acarician para el porvenir y simpatizando con ellas en todos sus extremos, tengo para mí que quien no acepta el Socialismo es porque lo desconoce o antepone sus cálculos y conveniencias egoístas a los intereses de la Humanidad.

Ahora tengo que levantar el campo y defenderme de las rudas contradicciones que me presenta esta mi situación. Viniendo a tomar las últimas consecuencias de mi resistencia a la Iglesia, se hace cada día más difícil e imposible mi permanencia en esta localidad, por lo que resuelvo dirigirme a otra parte a buscar un medio de vida, y hoy salgo para Z... sin tener aún rumbo fijo, ni saber de seguro adónde irán a parar mis huesos. Obligado por la necesidad, marchó a procurarme una colocación cualquiera, que pueda proporcionarme medios de subsistencia, con ánimo de solicitar trabajo en alguna fábrica, de no hallar otra cosa más aparente, prescindiendo en absoluto de mi carácter sacerdotal, y ganarme así el pan sin tener que recurrir a la fuerza y por obtenerlo a los obispos y sucumbir indignamente a las puertas de sus palacios.

De modo que desde el próximo número suspenda el envío a esta del semanario, que procuraré agenciarme y continuaré leyendo donde el destino me llevare, quedándole agradecido por el tiempo que bondadosamente ha venido enviándomelo.

Salude al Sr. Laiseca, con afectos a sus compañeros de trabajo, expresando particularmente a Emilio Beni que leo con especial agrado sus artículos. ¡Duro y adelante, que el porvenir es de ustedes y de cuantos aman y se fatigan por el bien de la Humanidad y mejoramiento de las futuras generaciones!

Reiterando a usted mi profundo reconocimiento a todas sus bondades, le saluda afectuosamente su atento servidor y buen amigo, F. Ayestarán.

Corella, septiembre 10 de 1913.

Por encima de los interrogantes que esta misiva plantea, viene a corroborar lo sabido sobre el estado de ánimo decaído y desengañado de su autor. Aún así nada indica que sea el propio de alguien que piense en suicidarse, pues incluso anuncia su intención de retomar sus colaboraciones con *El Demócrata Navarro*. Por ello llama la atención que once días después de escribirla se quitara la vida en Barcelona.

EL ECO DE SU TRÁGICA MUERTE

En efecto, Fermín se trasladó a la ciudad condal, donde murió en la calle Cortes de la Ciudad Vieja, al dispararse un tiro de revólver en la sien a las nueve de la noche del 21 de septiembre¹⁴. En una nota que dejó para el juez

¹⁴ En su partida de defunción, consultada en el Registro Civil de Barcelona, figura que falleció a consecuencia de shock traumático.

decía que había tomado esa decisión porque llevaba dos años sin encontrar medios de vida, lo que fue aprovechado por la prensa anticlerical para arremeter contra la Iglesia y hacerla responsable de lo sucedido¹⁵. El diario lerrouxista *El Progreso* (22-IX-1913) habló de la podredumbre de los ideales de los clericales, del bofetón que lo ocurrido suponía para los «magnates de la Iglesia» y además añadió: «así es esa caduca y podrida civilización cristiana. Templos arrogantes, conventos ricos, capillas llenas de plata y oro, palacios de hombres que se llaman creyentes».

El Correo Catalán (24-IX-1913) salió al paso de «la baba inmunda» de *El Progreso* y «para que nadie se llame a engaño» aseguró que el suicida había llegado a Barcelona, procedente de la diócesis de Pamplona, cuyo obispo le había retirado las licencias, que llevaba hábito seglar y que como seglar había trabajado en varios sitios para su sustento. En el palacio episcopal no se tenía constancia de él y jamás se había presentado a ninguna autoridad eclesiástica para pedir «un socorro o procurar un arreglo en su vida anómala».

La respuesta del periódico lerrouxista (25-IX-1913) fue reiterar sus comentarios del día 22, reproduciéndolos en su parte más ácida, y preguntar al *Correo de los Asesinos* (aludía a que tenía entre sus mártires al cura Santa Cruz) por qué Ayestarán tenía las licencias retiradas. También *El Demócrata Navarro* (28-IX-1913) refutó las «inexactitudes» del diario carlista barcelonés, recordó todas «las amarguras, sinsabores y tribulaciones» que había padecido en sus gestiones por los distintos obispados, que a su juicio mostraban que Ayestarán quería ser y morir siendo sacerdote. Arremetía después contra todos los que le habían cerrado la puerta y terminaba: «¡Qué grave responsabilidad, qué remordimientos y qué torcedores experimentarán los corazones de pedernal que pusieron a don F. C. A. (q.q.p.d.) en el duro trance de confiar a la pistola homicida el epílogo de una vida acibarada, torturada, atormentada por los mismos llamados a endulzarla, aquietarla y proporcionarle reposo».

El domingo 28 de septiembre de 1913 *El Liberal* de Bilbao le dedicó un largo artículo, «Suicidio del P. Ayestarán. Tragedia del sacerdote demócrata. En vez de trabajo encuentra la muerte. Las relaciones del Estado con los Seminarios». Afirma que «la organización eclesiástica en España es incompatible con el espíritu democrático que tan admirablemente han sabido defender y propagar los ortodoxos obispos norteamericanos». Refiere que Ayestarán, mientras ejercía su ministerio en Corella, había sentido el ideal socialista y que, como ni en el púlpito ni en los medios católicos era posible hacer propaganda de sus ideas, había tenido que recurrir a *El Demócrata Navarro* y a *La Lucha de Clases*. En los artículos escritos en ambas publicaciones se había mostrado respetuoso con la organización de la Iglesia y se había ocupado del «evolucionismo católico, perfectamente ortodoxo» surgido en Francia, Alemania y Norteamérica durante el pontificado de León XIII. Esto provocó que fuera perseguido «sin piedad», pero su carácter inconformista,

¹⁵ Por aquellos días murió también el cardenal Vives i Turó, que le había abierto el camino para secularizarse. Aunque se dijo que había fallecido a causa de una apendicitis, *El Diluvio* (27-IX-1913) aseguró que se le tenía recluido con el pretexto de que estaba loco, pero en realidad para que no hablase de las interioridades de la Iglesia. Según Cristóbal Robles Muñoz, los avatares que había sufrido en América habían afectado su sistema nervioso. («Iglesia y navarrismo (1902-1913). La dimisión del obispo López de Mendoza», *Príncipe de Viana*, 185, 1988, p. 723).

tan distinto del mostrado por el padre dominico Gerard, a quien su obispo le había impedido seguir haciendo propaganda, reclusándolo en una casa-residencia en Jerez, había llevado a Ayestarán a abandonar los hábitos y a buscar trabajo.

Después *El Liberal* incluía la carta de Ayestarán a *La Lucha de Clases* y seguía una serie de reflexiones sobre el problema de las relaciones del Estado con los seminarios. Arremetía en contra de estos por su educación arcaica, porque en ellos se enseñaba que el liberalismo es pecado y suponían «la bárbara castración involuntaria de la juventud» proveniente del ámbito rural. Por ello, considerando la gran influencia de la Iglesia en la sociedad, reclamaba el derecho del Estado a intervenir en la educación de los sacerdotes.

El País (1-X-1913) reprodujo literalmente el artículo anterior con el título «La crueldad de la Iglesia. Suicidio de un cura socialista. Quién era el padre Ayestarán –Una carta de «La Lucha de Clases»– Semblanza de suicida».

El Socialista (2-X-1913) aseguró que había muerto en la calle en Barcelona, hambriento y abandonado de todos, pues habiendo roto con la Iglesia había preferido pegarse un tiro de revólver antes de perder su dignidad ante el palacio episcopal. Se había sentido «profundamente socialista» en Corella y, como el cardenal Manning y otros, había creído que podía compatibilizar el socialismo con la Iglesia. Sin embargo, sus superiores le habían dicho que no era posible. De ahí que colgase los hábitos y se lanzara al socialismo militante y se entregara a su difusión. Calificaba a Ayestarán de héroe, por haberse resistido al capitalismo, y a continuación reproducía su carta a Acevedo.

Particularmente duros con la Iglesia fueron los artículos dedicados al asunto por Fray Gerundio, seudónimo del político y periodista republicano anticlerical Rodrigo Soriano. En *El Diluvio* (29-IX-1913) dijo que Ayestarán había sido «perseguido como una fiera por el obispo de Vitoria», el navarro José Cadena y Eleta. Poco después en «El cura suicida», en el mismo periódico (9-X-1913), afirmó que «ha[bía] sido una víctima más del odioso clericalismo y de la farsa indigna del liberalismo español, que no lleva nada dentro de sí, sino un positivismo grosero, un servilismo odioso a la Iglesia y un egoísmo repugnante». Por ello llega a decir que el liberalismo era más responsable que el clericalismo de la muerte de Ayestarán, al que califica de hombre bueno, que había creído poder defender dentro de la Iglesia a los humildes y a los proletarios en la prensa democrática, avanzada y socialista. Seguidamente reproducía parte del citado artículo de *El Liberal* de Bilbao con la carta a Acevedo. A continuación asegura que había estado a punto de tener una entrevista con Ayestarán. De haberse reunido con él decía, le habría aconsejado reconciliarse con el obispo de Vitoria, Cadena Eleta, «un hombre que tiene por corazón un trozo de pedernal», si no quería «morirse en medio de la calle como un perro, acosado por el hambre y la desesperación, como así ha sucedido».

Fray Gerundio escribió otro artículo, «Suicidio de un cura», en *El Motín* (9-X-1913). En él hace hincapié en que la inmolación de Ayestarán tenía muchos precedentes y reitera que ocurrió el día en que no había podido visitarle a él porque no lo encontró en casa. Agrega que Barcelona presumía de ser una ciudad católica y clerical, hasta el punto de que alguien la había calificado de «emporio del clericalismo», pero que su obispo, vanidoso y avaricioso, no se preocupaba para nada de sus sacerdotes, «que se matan porque su pastor

no tiene para ellos un mendrugo de pan ni una mirada de misericordia». Apuntaba que alguno de estos curas, en su desesperación, podría convertirse en asesino y citaba una serie de clérigos que arrastraban una vida miserable y que odiaban «a sus verdugos» e incluso deseaban vengarse. Pedía al obispo que «cort[as]e de una vez esas odiosas persecuciones de que son víctimas tantos sacerdotes en Barcelona; considere que la sangre de D. Fermín está pidiendo venganza delante de Dios; que quizás esa púrpura que tanto ambiciona sea muy distinta de la que espera».

El mismo día que apareció el artículo anterior, *El Motín* insertó otro titulado «Trofeos del catolicismo. A blancos y a negros. Ante el suicidio del Presbítero Ayestarán». Su autor fue el excura integrista y furibundo anticlerical catalán Segismundo Pey y Ordeix, que para atacar a la Iglesia trató al tema con las mismas pinceladas gruesas que el anterior. Del tono de su artículo da idea su inicio:

Señores obispos, cuentacorrentistas de los bancos, cortadores de cupones que no heredásteis de vuestros padres ni ganásteis con el sudor de vuestras frentes (...), místicos farsantes de la religión.

Yo os saludo, y os presento en una mano la bandeja con la cabeza del niño de Huesca, y la otra con la cabeza del suicida P. Ayestarán. (...)

Vuestro hermano en Cristo, vuestro hermano de paternidad eclesíastica, Fermín Ayestarán, se ha suicidado. Se ha arrojado de cabeza en el Infierno: ha ido a buscar en el reino de Satanás la fraternidad, amor y paz que le han negado el Estado y la Iglesia cristiana.

Tras varias consideraciones acerca de eclesiásticos suicidas, criticaba el abandono de otros que estaban encerrados o se veían obligados a mendigar. Asimismo reprochaba retóricamente a los suicidas que actuasen aisladamente, porque así su muerte no servía para nada: «Estériles en vida y en muerte... No habéis sabido constituir familia: aun vuestra muerte derrocháis inútilmente para la familia humana... ¡Oh santa Iglesia de Dios! ¡Quién fuese Chateaubriand para cantar esta belleza!»

El mes siguiente *El Motín* (20-XI-1913) volvió a referirse al suicidio en un breve artículo, «Reliquias de estos tiempos». A propósito de la subasta de un patagón y de una cabeza humana momificados y de varios libros encuadernados con piel de mujer, decía que valían más que un jardinero del papa y un presbítero barcelonés vivo, tal como mostraba el caso de Ayestarán¹⁶.

El recuerdo de nuestro protagonista perduró. En la II República *El Socialista* (27-VIII-1933) dedicó la parte central de la primera página de ese día a evocar su figura. Se hizo eco de parte de lo referido y de que había comenzado a colaborar en *La Lucha de Clases*, que, para demostrar que no se trataba de un impostor, había publicado la fotografía del cura, que insertaba también, en la que el interesado había escrito al dorso su nombre y naturaleza. Añade algún dato erróneo (habría ido a Barcelona porque el ambiente de Bilbao se le fue haciendo irrespirable) y alude probablemente a la novela *El asalto*, al decir que el recuerdo de Fermín estaba en «un libro de mineros vizcaínos que hace tiempo salió a correr suerte, habiéndola encontrado en Rusia, donde en parte fue traducido».

¹⁶ Este artículo fue reproducido por *La Voz del Pueblo. Semanario Republicano Radical* de Tarragona (28-XII-1913).

BAUTISTA Y FRANCISCO BIURRUN

Uno de los personajes de *El asalto* más próximos a Ayestarán es Bautista Biurrun, natural de Falces (Navarra), cuyo padre, de profundas convicciones liberales, muere a manos de los carlistas después de matar a uno de ellos. Entonces Bautista se ve obligado a dejar el pueblo y, después de trabajar durante algún tiempo en Pamplona, se traslada con su hermano Francisco a la cuenca minera, donde encuentra a un viejo conocido, Fermín Ayestarán¹⁷.

Muy pronto Bautista ingresa en la Agrupación Socialista de La Arboleda (barrio de San Salvador del Valle) y se convierte en un luchador sindicalista. Así, arenga a sus paisanos para que secunden la huelga de mayo de 1890 y asistan a la manifestación del 1.º de mayo del año siguiente. Sin embargo, su estancia en Vizcaya se acaba cuando Francisco muere en un accidente provocado por un capataz y un compañero para quedarse con su dinero. Ambos son asesinados por Bautista, que con la ayuda de Fermín logra ir a Brasil, donde se gana la vida como pelotari.

Hay razones para pensar que el personaje Bautista Biurrun responde a un individuo histórico, pese a que las averiguaciones para demostrarlo de momento no hayan dado excesivos resultados¹⁸. En efecto, en las noticias recabadas sobre los sucesivos comités ejecutivos de la Agrupación Socialista de La Arboleda y de militantes o simpatizantes no aparece ningún Biurrun o Eguilez (el apellido de la novia de su hermano que Bautista utiliza para camuflarse)¹⁹. No obstante, el hecho de que Zugazagoitia mencione en la propia novela que Leodegario Herboso²⁰ dio cuenta del accidente y de la muerte de Francisco en el semanario socialista de Bilbao *La Igualdad* indica que los Biurrun existieron en realidad. Se desconoce el momento exacto en que apareció *La Igualdad*, pero salía en 1890, al menos durante el II Congreso del PSOE, celebrado en Bilbao en agosto de ese año, y probablemente desapareció antes de que comenzase a editarse *La Lucha de Clases* en mayo de 1891²¹. Así pues, Zugazagoitia sitúa a los Biurrun en el tiempo en que sucedieron las tres muertes y la fuga del autor de la última.

¹⁷ J. Zugazagoitia, *El asalto*, op. cit., pp. 11, 109.

¹⁸ En la documentación notarial de Falces y en una exhaustiva obra de historia sobre la localidad aparecen varios Biurrun a finales del siglo XIX y más en el XX, la mayoría pertenecientes a distintas ramas de una misma familia. Entre ellos, un alcalde y un párroco a principios de siglo y varios izquierdistas y socialistas que fueron fusilados al inicio de la última guerra civil. Vid. J. M. Sanz Suescun, *Historia de la muy noble y muy leal villa de Falces y del viejo reino*, Pamplona, 2000, pp. 524, 562, 563, 641, 642; Altaffaylla, *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Tafalla, 2008, p. 766. No obstante, no hay ningún indicio que permita relacionarlos con los hermanos mineros en Vizcaya.

¹⁹ Un colaborador de *La Lucha de Clases* firmaba Bautista (7-II, 10-III, 7-IV, 15-VI, 20-VII, 21-IX, 3-X-1895, 5-IX, 21-XI-1903), pero nada indica que se trate de Biurrun.

²⁰ Herboso, tipógrafo, fue uno de los fundadores de la Agrupación Socialista de Bilbao en 1886, por lo que probablemente intervino ese año en la creación del *Boletín de la Sociedad Tipográfica* de la capital vizcaína (*El Socialista*, 24-IX-1886). Algunas noticias sobre él en *El Socialista*: 22 y 27-V, 17-VI-1887, 23-III-1888.

²¹ La noticia de que salía en 1890 en *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, vol. XIX, p. 312. El hecho de que no figure en las relaciones de periódicos bilbaínos que pagaron derechos de timbre de 1889 y 1890 (*Historia general del Señorío de Bizcaya*, t. XI, *Historia de Vizcaya a través de la prensa [desde 1883 hasta 1894]*, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1977, pp. 468, 535) apunta a que fue una publicación muy efímera.

Otro argumento a favor de la historicidad de los hermanos Biurrun es que la mayoría de los personajes relacionados con Bautista fueron reales. Muchos de ellos aparecen en la referida obra de Juan Pablo Fusi y en el *Diccionario Biográfico del Socialismo Histórico Español*, y de otros menos conocidos se dan algunas noticias a pie de página. Por orden de aparición en la novela, en primer lugar los fundadores de la Agrupación Socialista de La Arboleda en 1888: Facundo Alonso, Eduardo Varela, Vicente Tarancón, Eulogio Serrano, con quien vivía Biurrun (p. 92)²². Todos ellos fueron detenidos en mayo de 1890 con los miembros de la comisión encargada de presentar las reclamaciones a los patronos que citan varios autores: Anastasio Lobo²³, Epifanio Gurrea, Nicolás Pascual²⁴ y Dionisio Hege. De ahí que el amigo de Biurrun, Saturnino Gómez *Medinilla*, que también aparece detenido en la novela, muy probablemente fuera también un personaje real. Desde luego, lo fueron Toribio Pascual, Antonio Torrente²⁵, Sáez²⁶, Valentín Hernández y Zenón Ruiz de Erenchu y los miembros del primer comité ejecutivo de la Agrupación Socialista de Bilbao: José Solano Ercilla, Miguel Lapresa²⁷ y Federico Barreiros, además del citado Leocadio Herboso²⁸, y Manuel Orte, que fue secretario primero en 1890, y según el semanario eibarrés *Adelante* (1-VI-1901) el primer concejal socialista en España.

Por otro lado, también fueron personas reales las autoridades que cita Zugazagoitia. Además del gobernador civil José Alonso Colmenares y el general Eduardo López Ochoa (1849), el coronel Francisco Cirujeda Cirujeda (1852), el capitán Francisco Iriarte Escobar (1861), el jefe de la Policía Municipal de Bilbao, el capitán José Adsuar Boneta, y el policía José Marsal²⁹.

Llegados a este punto, queda por averiguar si con el resto de los personajes de la novela ocurre lo mismo que con los anteriores, y si la mayoría de ellos corresponden a individuos reales.

²² Esta circunstancia, como el hecho de que Zugazagoitia lo mencione, aunque solo con el apellido, entre los detenidos (p. 100) también apunta a que fue un personaje real.

²³ Anastasio Lobo Cuadrado figura entre los obreros de La Arboleda que aportaron algunas cantidades de dinero para huelguistas de diversas localidades (*El Socialista*, 4-IV, 20-VI, 5-IX-1890, 23-I, 3-VII-1891).

²⁴ Nicolás Pascual fue secretario segundo del comité de La Arboleda en 1890 (*El Socialista*, 4-IV, 20-VI, 5-IX-1890).

²⁵ Algunas noticias sobre él en *La Provincia*, 2-VI-1891, y *El Socialista*, 5-VI-1891.

²⁶ Indalecio Sáez, uno de los detenidos durante la huelga de panaderos de Bilbao en 1891, o Eleuterio Sáez, secretario de la Agrupación Socialista de La Arboleda, que dio 0,50 pesetas para trabajadores del Alto Llobregat y 0,80 para la representación del PSOE en el Congreso de Bruselas (*El Socialista*, 17-X-1890, 23-I, 5 y 12-VI, 24-VII-1891).

²⁷ Miguel Lapresa fue tesorerero de dicha Agrupación (*El Socialista*, 16-VII, 1-X-1886).

²⁸ *El Socialista*, 16-VII-1886.

²⁹ Delegado del gobernador durante la huelga de panaderos de 1891 particularmente denostado por los obreros en *El Socialista* (5 y 12-VI, 17-VII-1891).

RESUMEN

La historia real del padre Ayestarán, el «personajes novelesco» central de El asalto de Julián Zugazagoitia

En su novela social *El asalto* (1930), Julián Zugazagoitia describió la difícil situación de los trabajadores de la primera industrialización en Vizcaya y la formación del socialismo vasco, a través de la intensa labor de diversas figuras históricas, como Facundo Perezagua y Pablo Iglesias. En este marco sitúa varios personajes aparentemente novelescos, entre los que destaca Fermín Ayestarán, un joven cura navarro destinado a la zona minera de esa provincia que, cada vez más comprometido con la suerte de los obreros, rompe con la Iglesia y acaba suicidándose en Barcelona. El trabajo muestra que este cura existió en la vida real, se trazan los principales hitos de su trayectoria y las circunstancias en las que se quitó la vida. Asimismo se plantea la posibilidad de que también otros personajes de la novela correspondan a individuos históricos.

Palabras clave: Zugazagoitia; novela; cuestión obrera; Vizcaya; sacerdote; Navarra; suicidio.

ABSTRACT

The true story of father Ayestaran, the central «novel character» in Julián Zugazagoitia's novel El asalto

In his social novel *El asalto* (*The Assault*, 1930) Julián Zugazagoitia described the difficult situation of in workers the first industrialization in Biscay and the formation of the Basque socialism through the intense work of diverse historical figures, such as Facundo Perezagua and Pablo Iglesias. In this way he frames several seemingly fictional figures standing out Fermín Ayestarán, a young navarre priest sent to the mining zone of this province who became more and more committed with the labourers, severed his bonds with Church and ended committing suicide in Barcelona. The work shows that this priest was a real person and it also outlines the principal milestones of his career and the circumstances in which he killed himself. Furthermore, the work sets out the possibility of the connection between other characters of the novel with historical figures.

Keywords: Zugazagoitia; novel; working class question; Biscay; priest; Navarre; suicide.

Fecha de recepción del original: 7 de junio de 2013.

Fecha de aceptación definitiva: 20 de junio de 2013.